



Palabras del Rector, José Alfredo Peris, en el Solemne Acto académico Santo Tomás de Aquino

La vigencia de santo Tomás se hace cada día más patente conforme en nuestra sociedad somos conscientes de lo que se ha venido a llamar por muchos “la crisis de lo humano”, cuando no directamente como “la abolición del hombre”, en palabras de Clive Steaples Lewis.

Desde la óptica de la Filosofía del Derecho, creo que esa crisis de lo humano se hizo patente con dos hechos que acaecieron a mitad del siglo XX: la devastadora II Guerra Mundial, con todo el poder de destrucción humana que fue capaz de desarrollar, y la tímida reacción que supuso ante los totalitarismos pasados y futuros, la creación de las Naciones Unidas y la Declaración Universal de los derechos Humanos.

Frente a las masacres del exterminio nazi, particularmente cruel contra judíos, gitanos, o personas con discapacidad, frente a la barbarie inadmisibles de haber dirigido sendas bombas mundiales contra Hiroshima y Nagasaki, la humanidad debería haberse armado enérgicamente de una autoridad mundial moral que hiciera suyo el lenguaje de la dignidad humana y sus derechos. Formalmente se hizo así, pero con un virus de debilidad tempranamente incubado.

La Declaración Universal de los derechos Humanos fue expresada como un consenso sobre un código ético que cada uno podría interpretar a su aire, porque el fundamento de los mismos era una cosa incierta y discutible.

Tan inciertos y discutibles que a pesar de algunos avances innegables en derechos y libertades, en nuestro siglo XXI se siguen atisbando nubarrones que amenazan la dignidad de muchas personas, en forma de hambre, persecución religiosa, guerra, explotación de la juventud, violencia sobre la mujer, tolerancia y promoción del aborto y en algunos casos del infanticidio, minusvaloración o deformación del matrimonio uno e indisoluble, precarización de la familia, sometimiento de la verdad informativa a los intereses que la rentabilicen, pornografía infantil y pederastia, trata de blancas, tráfico de órganos de niños abandonados, omisión de la dignidad del embrión humano...

¿Cómo se pueden defender los derechos humanos si no sabemos lo que son, si nos resignamos cuando no nos orgullecemos de ser agnósticos ante lo que constituye la dignidad humana?

Es urgente sacudirse tal restricción mental y nada mejor para ello que volver a leer a quienes nos suministran las fuentes de una buena comprensión de los derechos, como es el caso de santo Tomás de Aquino. Advierto aquí que santo Tomás, como Platón, Aristóteles, Cicerón, Séneca, Alberto Magno, Vitoria, Suárez, Locke, Jefferson, Kant o Tocqueville... es un pensador creativo, que ni actúa ni pretende actuar con una premisa de infalibilidad. Todos estos autores, sin excepción, presentan logros innegables junto a textos que hoy en día, consideraríamos de difícil encaje con nuestra sensibilidad acerca del contenido de los derechos humanos.

Pero cada uno de ellos posee desarrollos argumentales, expresados en fragmentos, particularmente sugestivos a la hora de dar argumentos racionales acerca del fundamento de los



derechos humanos. Y creo que se puede afirmar con determinación que la cuestión 94 de la I-IIa de santo Tomás de Aquino, marca una de esas páginas estelares de la reflexión moral, aunque no falten comentadores de la misma (como mis admirados John Mitchell Finnis o Germain Grisez, que tiendan a rebajar su importancia). De paso digo, que frente a quienes tienden a presentar la escuela tomista como un ejercicio de constante repetición, deberían hacer un esfuerzo por acercarse a las fuentes, pues constatarán, casi con desespero, que hay lecturas tomistas para casi todos los gustos).

En dicha cuestión santo Tomás plantea, y permítanme mis propias palabras en lugar de cita literal, que el uso primigenio de la razón práctica que busca el bien y evita el mal, va descubriendo las normas por las que se ha de regir lo humano en contacto con las tres grandes tendencias del ser humano: tendencia a la conservación ya que el ser humano es un ser; tendencia a la procreación por medio del matrimonio entre varón y mujer, porque el ser humano es un ser vivo, y tendencia a vivir en sociedad y a conocer la verdad sobre Dios porque el ser humano es un ser racional, es decir, dotado de inteligencia, libertad y capacidad de amar.

Siglos más tarde, un filósofo del derecho británico, Herbert Hart, intentó recuperar algo de esta estrategia intelectual, sentenciando que todo sistema jurídico debería responder a un núcleo de buen sentido, y que eso era el derecho natural. Pero su reflexión antropológica no eran sino un ejercicio del sentido común, menos fundado que el método empleado por el Aquinate.

Más allá de elevar las reflexiones de santo Tomás al nivel de dogma, creo que plantean unos concentrados de experiencia humana, avalados también por la revelación divina, que marcan el suelo y el horizonte de una sociedad, que, si me permiten un concepto utilizado también en ciertos autores del marxismo pero a veces también usado por el próximo beato Juan Pablo II, que no quiera vivir alienada, es decir, engañada sobre su verdadera libertad.

Y me parece que el esquema de santo Tomás permite tres cosas:

- a) en primer lugar, tener un criterio sobre la salud integral de las personas y las comunidades: sólo quien no es indiferente a su subsistencia, quien busca continuar la llama de la vida, quien aspira a una relación buena con los demás y quien espera confiadamente que podremos llegar a conocer el fin feliz de todas las cosas goza de todos los componentes de una buena salud personal y comunitaria. Pongan las frases anteriores en negativo y llegarán a parecida conclusión
- b) en segundo lugar mostrar la mutua interrelación entre estas tendencias: sólo subsistimos de manera humana si se cuida la familia, la libertad y la inteligencia, y al mismo tiempo son necesarias la inteligencia, la libertad y la familia para fraguar una subsistencia que no nos deshumanice;
- c) y por ello, en tercer lugar, el esquema de las tres tendencias puede permitirnos hacer un diagnóstico sobre lo que nos pasa sumamente elocuente: ciertas ideologías en occidente pretenden una sociedad concentrada sesgadamente en lo que se vende como su conservación, con una política y una economía que garanticen un modelo de desarrollo en el que no quepan más que adhesiones; por eso, minusvaloran las otras tendencias que santo Tomás propone: ni defienden la vida humana, ni valoran la familia ni la procreación, ni parecen aspirar a una sociedad verdaderamente humana, ni apuntan tener el menor palpito por conocer a Dios. Como nada de esto forma parte del núcleo de una política dura, o de una economía eficaz, puede ser perfectamente sacrificado.



No nos extrañará entonces que para estos ideólogos lo que importa no sea explicar el fundamento de los derechos humanos, sino controlar las interpretaciones que permiten la estabilidad en el poder de los grupos políticos que les resultan afines. Por eso, sólo tienen simpatía por reivindicaciones radicales que debilitan las otras tendencias humanas, porque en el fondo son cómplices de su gran programa de enmudecimiento cultural.

Frente a esa reducción de lo humano, la Universidad como comunidad humana, académica, investigadora, creadora y potenciadora de la auténtica cultura, y la Universidad Católica como parte de ella, y bajo el patronazgo de santo Tomás, está llamada a realizar una defensa incondicional de lo humano. El pragmatismo, conservador o progresista, que reduce las libertades y nos hace siervos de nuestra indolencia es un veneno que mata nuestra inteligencia y amenaza nuestra libertad. La lucidez del universitario es un acto de estima de su propia inteligencia y de su irrenunciable libertad. La fe nos potencia en esa estima porque nos anuncia con firmeza que somos hijos de Dios, y que nuestra capacidad de hacer el bien y del amar es la huella de la Trinidad en nuestra alma.

Que lo humano se estaba borrando de la cultura dominante secuestrada por el afán de poder fue percibido por destacados intelectuales del siglo pasado. No resulta exagerado proponer que tanto el Concilio Vaticano II, como los magisterios de Juan Pablo II y Benedicto XVI, responden a esa misma prioridad: que el ser humano pueda vivir con verdadera dignidad, personal y comunitariamente, respondiendo al plan que Dios tiene reservado para él, sin distinción de edades, razas, culturas, sexo, lengua o religión.

Y sin ninguna ínfula intelectual, ni pretensiones ególatras, esto mismo fue expresado, entre otros creadores de opinión y de cultura, por algunos directores de cine muy apreciados para quien les habla. El año pasado les hablé de Capra; hoy les aburriré con McCarey y, quizás quepa otra ocasión para hacerlo con Ford o con Hitchcock.

Thomas Leo McCarey sufrió como Capra o Ford que tras defender los valores de una sociedad libre en los años treinta y cuarenta, tuviera que justificarse de no colaborar con el comunismo a principios de los 50. Su película con Charles Laughton "Ruggles of Red Gap" (1935), contiene todo un alegato expreso acerca de la sociedad de la libertad de oportunidades que son los Estados Unidos, frente a las humillaciones sociales que las personas que se dedican a servir seguían tendiendo en la vieja Europa. Resulta muy elocuente su contestación a los inquisidores de la Comisión MacCarthy acerca de que efectivamente estaba libre de contaminación comunista porque sus películas no gustaban en la URSS: ¿"Por qué?- le preguntaron". Porque había un personaje que no les gustaba en Rusia. ¿Quién, el P. O'Malley –personaje que Bing Cosby interpretaba en dos de sus películas, "Siguiendo mi Camino" (Going my Way, 1944) o "Las campanas de Santa María" (The Bells of St. Mary's, 1945). -No, contestó McCarey, "Dios".

Sí. McCarey se fue comprometiendo con un cine sutilmente espiritual en el que la referencia explícita a la fe o a la Iglesia, viniese acompañada y arropada por gestos de verdadera humanidad. El estudioso del cine, Tag Gallagher señalaba que en McCarey estos gestos concentraban en tres: humor, música e infancia.

McCarey denunciaba abiertamente las imposiciones culturales del comunismo soviético y sus afines porque era fervientemente antitotalitario. Nada peor que el poder que se pone por encima de las conciencias y lleva al ser humano a la guerra. La película que él dirigió a los Hermanos Marx "Duck Soap", Sopa de Ganso (1932) fue prohibida por Benito Mussolini en Italia por su



corrosiva ironía frente a los dictadores que se presentan como salvadores de la patria y entregan a sus gentes a la guerra.

El comunismo prosoviético no era sino otra expresión del totalitarismo. Pero el anticomunismo de la caza de brujas se fijaba tanto en su enemigo, que, parafraseando a Jorge Luis Borges, terminaba pareciéndose a él. McCarey, como Ford o Capra, está plenamente convencido de que los valores de una sociedad libre no pueden ser sacrificados al pragmatismo del poder. El poder totalitario es un ídolo que acaba devorando la dignidad de la propia persona.

Algunas de sus últimas películas son un claro alegato en este sentido. “Satan never sleeps” (Satán nunca duerme, 1962) muestra el heroísmo de unos misioneros frente al poder doctrinario del comunismo en China. Sólo la fe, la libertad de conciencia, el amor y el compromiso evangelizador y la familia tienen capacidad de despertar a las personas frente a la argucia sibilina del totalitarismo, frente a su irrefrenable violencia.

Pero su película más representativa de esta tensión fue “My son John”, “Mi hijo John” (1952). Denostada por considerarla una película macarthista que condenaba el comunismo, en realidad (y en esto coinciden los mejores estudiosos de su obra, Miguel Marías, Tag Gallagher, Leland Poague, y, con matices, Wes Gehring), muestra hasta qué punto una persecución obsesiva de un hijo comunista acaba destruyendo a la propia familia. Una familia que repudia a su hijo por su ideología deja de tener su soberanía como familia y se somete al dictado de los intereses del poder. Y entonces pierde la alegría, la música, el humor... Pierde a Dios y lo cambia por un ídolo: la seguridad que le da la ideología del estado. En “My Son John” no hay humor, no hay música, no hay niños. Sólo hay rigidez. Donde domina la rigidez no hay lugar para el alma humana. Porque el Espíritu es libertad, libertad para hacer el bien.

Sí, McCarey, como Ford o Capra no se subieron al carro de los que en el contexto de la guerra fría optaron por la divinización de su propio Estado por temor al enemigo. La malicia del comunismo, como la del nazismo o del fascismo se combaten con convicciones profundas, con el cultivo de la vida cristiana en la familia y en la comunidad civil, no con un endiosamiento del poder. Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres.

Expresión de lo que la Doctrina Social de la Iglesia propone, a instancias de León XIII, promotor de la misma al mismo tiempo que promotor de la recuperación del tomismo en la vida intelectual de los seminarios y de las universidades católicas, McCarey está convencido de que la caridad cristiana es la respuesta a los problemas sociales. Su “Good Sam” (1948) es un canto expreso sobre esto, pero siempre contando con que la caridad cristiana no es una ideología sino una alianza en la historia con la Providencia amorosa de Dios, y con los corazones pobres y humildes que se dejan conducir por ella.

McCarey tenía un terreno abonado como Capra para vehicular esto en el cine. Si Capra desde Harry Langdon hasta Glenn Ford buscó personalizar que el verdadero héroe es el que encarna los valores de una sociedad cristiana en un mundo hostil, McCarey fue capaz de vehicularlo con un matiz singular; sus héroes son más bien antihéroes, o, por mejor decir, personas que no ocultan su fragilidad, hombres de carne y hueso que no van de superhéroes.

Si Capra consideraba que el héroe es aquél que al proceder de un ambiente rural americano incontaminado, es capaz de proponer el verdadero orden porque él permanece puro y mundo está ordenado, en McCarey el mundo está desordenado y sólo la sabiduría ordenadora de Dios



(que cuenta no sólo con la justicia sino también con la misericordia) sabrá poner las cosas en su sitio.

Si Capra desde que dejó al clown Harry Langdom abandonó la pretensión de presentar su héroe como antihéroe, McCarey no dejó de proponer en sus protagonistas esta dimensión de fragilidad, de desbordamiento ante las circunstancias, que sin embargo deja intacta su dignidad y les abre a una confianza mayor.

Así. Los Charley Chase, Laurel y Hardy, hermanos Marx, Mae West, W.C. Fields, Eddy Cantor, Jack Oakie, fueron dejando su lugar a personajes con una mayor carga moral, cuya fragilidad deja de ser motivo de risa para serlo de sonrisa, de emoción, y algo más, de esperanza.

El matrimonio anciano de "Make way for tomorrow" y el matrimonio en crisis de "The Awful thruth" (La pícara puritana), ambas de 1937, coinciden en mostrar la belleza de la alianza conyugal a pesar de la debilidad de los cónyuges, o mejor, precisamente por ella.

Las dos versiones de "Tú y yo", tanto la de 1939 con Irene Dunne y Charles Boyer ("Love Affair") , como la de 1957 con Cary Grant y Deborah Kerr ("An Affair to Remember") muestran la redención del amor, de dos personas atrapadas por formas de amor ajenas al matrimonio (una querida y un playboy), que tocados por la gracia a través del consejo una mujer mayor creyente y sabia y de una oración ante una figura de la Virgen María en una capilla, caen la cuenta de su situación con verdaderas esperanzas de cambio y de transformación, comenzarán un camino de conversión, de verdadero cambio de vida por medio del cultivo de la castidad y el trabajo honrado.

Pero no les bastará este propósito. Por bien intencionado que sea, todavía alberga un secreto orgullo, una pretensión de seguir viviendo a lo grande. Tras los 6 meses de disciplina en el trabajo y en la mutua fidelidad, ambos pretendientes se citan en el piso 105 del Empire State. Un accidente padecido por ella que le deja en silla de ruedas, le impedirá llegar a la cita, y les propondrá el camino de la misericordia, cofre precioso del verdadero amor.

Tampoco es casualidad que el protagonista de más éxito de McCarey fuera un sacerdote, el P.O'Malley ya aludido. Pero en ambas películas, su dignidad sacerdotal viene acompañada de una simpática sencillez, de una profunda sabiduría del corazón sobre todo para reorientar las personas para que su libertad recupere la plenitud del bien que la Iglesia custodia. Aquí, sí, hay canciones, hay buen humor, hay niños protagonizando escenas irrepetibles.

Ya he consumido más tiempo del necesario y cierro la parábola. Y lo hago con actitud orante. Pido al Señor y a su Madre, con la especial protección de san Vicente Mártir y santo Tomás de Aquino, que nos permitan a todos los miembros de esta comunidad universitaria que nos dejemos ganar el corazón por el verdadero humanismo, ese que nace del Corazón traspasado de Cristo en la tarde de Viernes Santo, que es capaz de vencer el Mal con el Bien, y que genera un estilo de vida amable y sencillo que suministra la verdadera esperanza que todos los corazones cansados y agobiados estamos anhelando. Muchas gracias.